

El lobo de Pierce

Donny Arroyo



Image not found.

Capítulo 1

Prólogo

Diciembre, un mes frío, un mes tranquilo, pero a la vez uno lleno de celebraciones, un mes de vulnerabilidad para los animales pacíficos pero un mes de gran ventaja para todo tipo de cazador, incluido el ser humano.

Pierce se estaba preparando para ser uno de esos cazadores que aprovecharía el frío y la nieve para conseguir buenas rachas de comida en el bosque. Estaba revisando los recursos con los que contaba su vieja repisa de madera que ya colgaba de la pared con pocas ganas; había varios frascos sucios con frutas, verduras, carnes, y unas que otras legumbres, aunque la mayoría ya no servían, se notaba a simple vista que si intentaba probar alguna de esas cosas le daría un diarrea horrible durante una semana.

Encontró algunas frutas en buen estado, las llevó de inmediato a la mesa de comedor y corrió a abrir el refrigerador para seguir buscando, hasta que encontró un frasco con carne un poco pasada pero eficiente para alejar a los lobos que representaran peligro. Llevó el frasco de carne junto al de las frutas. Ya tenía todo preparado sobre la mesa; la comida para los depredadores, una linterna, ropa extra de repuesto, botellas de agua, un pequeño kit de auxilios portátil, y unos tres o cuatro sándwiches en envoltura, además de su preciado rifle de caza viejo con unas cuantas balas listas para recargar, y su favorito de todas sus herramientas, su cuchillo de caza con un diseño bastante especial: Era de hueso, con un mango encorvado y moldeado a la perfección para la palma de su mano, y una hoja gruesa, con lados iguales que se alargaban hasta formar una curva que terminaba en punta. Le aseguraba éxito en cualquier combate con animales salvajes por su potente filo.

Se detuvo un momento, satisfecho. Contempló todo su hogar. Su cabaña, cabaña que antes le pertenecía a su padre, y por herencia, ahora era suya. El lugar no era grande, en realidad era bastante pequeño, pero suficientemente confortable y cálido. Se disfrutaba desde el simple hecho de vivir en un lugar hecho de pura madera y tejas. Pierce se sentía orgulloso del lugar que tenía para vivir, sin importar que ya estuviera un poco descuidado.

Su hija Abril salió de su habitación toda abrigada y se asomó por el pequeño pasillo lista para la aventura—. ¡Estoy lista! —daba risa la forma tan madura en la que hablaba con su voz tan tierna y ligera característica de ocho años. Era de baja estatura, piel blanca, un cabello largo y castaño

y unas mejillas llenas de pecas debajo de unos ojos oscuros.

— ¡Ya era hora! ¿Tienes tu cuchillo? —Debía asegurarse de que Abril llevara consigo su propio cuchillo miniatura, uno casi sin filo, pero solo por si las dudas.

— ¡Sip!

—Bien... Pues vámonos, ayúdame a echar todo a las mochilas —ambos tomaron sus dos mochilas un poco destrozadas de la sala y comenzaron a guardar todo casi al azar. Al último Pierce tomó su cuchillo especial y lo guardó en su empuñadora, que siempre colgaba de lado izquierdo de su cinturón.

— ¡Ya está!

—Bien... ¡Vamos, vamos! —tomó el rifle y lo colgó de su hombro.

Ambos se acercaron a la salida, Pierce abrió la puerta y recibieron una pequeña ola de viento. Inspeccionó un poco el exterior; parecía tranquilo, la nieve seguía bastante abundante pero no había señales de tormenta y las corrientes de aire casi no se notaban.

Abril salió a toda prisa emocionada por un nuevo día de caza. A Pierce le encantaba llevarla con él y enseñarle a cazar poco a poco. Aunque era una idea bastante atrevida y peligrosa, lo único que podía hacer era sacarla y divertirse un rato, enseñarla a ser valiente y aventurera.

Pierce acompañó a su hija al exterior lleno de nieve y árboles, en su mayoría pinos, llenos de capas blancas. Dejó que la brisa cubriera su fino rostro de hombre galán pero descuidado. Aseguró bien su saco peludo y se integró con Abril.

Caminaron juntos por el bosque, disfrutando de la nieve y el hermoso panorama que ésta creaba. Estuvieron vario rato recorriendo entre la vegetación. Abril iba unos pasos al frente, dando vueltas, brincos, cantando, y riendo, mientras admiraba cada insecto, cada flor, incluso cada piedra. En verdad se estaba divirtiendo y eso que la caza aun no comenzaba. A Pierce le agradaba ver que su hija conectara de esa forma con la naturaleza. Lo hacía sentir orgulloso que fuera una niña libre y de bosque, no una chica consentida y de clase, justo como la hubiera hecho su madre si se hubiera quedado con la custodia. Su madre... Pierce recordó a la madre de Abril, es decir, su ex esposa, Rebeca. Lo primero que le vino a la mente es que ya no estaba con ellos, que por sus malas actitudes la familia se había separado y ahora ella se encontraría en alguna gran ciudad, llena de dinero, aparatos eléctricos, prendas lujosas, fiestas, y gente interesada, todo lo que no le gustaba a Pierce, todo por lo que había decidido llevarse a su hija a la vieja cabaña en medio del

bosque donde había pasado toda su infancia.

Abril logró sacarlo de sus recuerdos llamando su atención— ¡Mira, papá! ¡Por aquí! —la pequeña corrió hacia una explanada libre de árboles. Se veía fantástico, lo único que dominaba era la extensa capa de nieve. Pierce la alcanzó antes de que se tirara a gritos al suelo.

—Hey, hey —la atrapó por detrás—, silencio, recuerda que estamos de caza —le hizo una señal con el dedo para que evitara el ruido. Ambos se callaron, y vieron a su alrededor con intriga.

Abril se mantuvo quieta, esperando una señal de su padre para poder moverse, hasta que se dio cuenta de que ni siquiera había animales cerca— ¡Ni siquiera hay animales para cazar! —se echó a reír y se sentó en la nieve. Su risa era bastante chillante, pero pegajosa.

— ¿Qué? ¿Cómo que no? —Pierce señaló cautelosamente detrás de su hija. Ella volteó, y sus ojos se encontraron con un ciervo a unos metros, que estaba escurbiendo entre la nieve para conseguir algo de hierba, mostrando su brillante pelaje, y unos grandes cuernos firmes y limpios.

—Wow... Es precioso —la belleza del animal capturó toda la atención de Abril. Para Pierce también era sorprendente. Era extraño que el ciervo conviviera muy cerca de ellos, sin alertarse ni un poco, como si ellos no existieran. Debían aprovechar una oportunidad como esa...La niña intentó acercarse, pero Pierce la detuvo, recordando el objetivo principal—. No, espera —habló en voz baja—, es nuestra comida ¿No lo recuerdas? Lo ahuyentarás...

Abril sintió lástima—. ¿No podemos hacer una excepción?

—No lo creo... Lo sé, es hermoso, pero piensa en el festín que nos llevaremos. Además, yo sé que mueres por ver a este bebé en acción —dijo esto último señalando su rifle colgado de su hombro.

— ¡Sí! ¡Hagámoslo! Pero papá... —lo vio con sus tiernos ojos—, Sé cuidadoso... No dejes que sufra.

El corazón de Pierce se ablandó un poco con la inocencia de su hija, pero se sentía orgulloso de que ya fuera más dura respecto a matar animales. Se quitó el rifle del hombro y lo preparó. Abril se emocionó. Le encantaba el arma, una de las cosas que más disfrutaba era verla en función—. Algún día lo podrás usar tú, pequeña.

— ¿De verdad? —tenía una sonrisa enorme.

—Pero claro que sí...

—Vamos, hazlo, ¡Hazlo! —dio brinquitos silenciosos para no asustar al ciervo, que ya estaba bastante cerca de por sí.

Pierce se hincó, tomó adecuadamente el rifle y recargó el codo sobre la rodilla; puso la mira frente a su ojo, apuntando al ciervo que disfrutaba de la hierba. Abril dio unos pasos atrás y solo observó, impaciente por ver en disparar aquel rifle. Pierce contuvo la respiración, se puso firme. Admiró unos segundos más al ciervo, dándose cuenta de que en verdad era hermoso, y que además tenía bastante músculo, ¡Ya no tendrían que preocuparse por la comida unos días!

Finalmente dejó la mira detrás de la pata delantera del animal, justo al corazón, el mejor lugar para complacer la petición de su hija, que el animal no sufriera. Dio un último suspiro, y tiró del gatillo.

El sonido del cañón se extendió por toda la explanada del bosque, la bala atravesó con precisión al ciervo, el cual se desplomó de inmediato azotando en la nieve.

Pierce descansó los brazos, orgulloso por uno más de sus tiros perfectos—. ¿Viste eso? ¡Otro perfecto! —volteó hacia Abril con una sonrisa, compartiendo su emoción, pero inesperadamente sus ojos no encontraron a nadie. Abril ya no estaba. Su sonrisa se desvaneció—. ¿Abril? —Se puso de pie, alarmado, revisó los alrededores con la mirada, pero no había señales de la niña—. ¡Abril! —esperó respuesta unos segundos, pero no obtuvo nada. Gritó de nuevo—. ¡Abril! —no respondía. Gritó por última vez con más fuerza—. ¡ABRIL! —aun nada. Comenzó a preocuparse. Se maldijo por no darse cuenta de cuando su hija se escabulló y se alejó. No tenía sentido, no había razón para que se fuera, al menos que viera algo que le llamara la atención, pero... ¡Nada le llamaba más que ver el rifle disparar! Pierce solo esperaba que Abril no se adentrara demasiado en el bosque como para perderse, pues, basándose en las historias de su infancia, el bosque no era nada seguro, y menos de noche, escondía... Cosas. Se dispuso a buscarla, pensando en que si se apresuraba, podría atraparla y evitar cualquier peligro.

Se acercó al cuerpo del ciervo, inspeccionando el agujero perfecto de la bala, y la nieve debajo del animal que ya estaba tornada de rojo. Decidió olvidar la comida y buscar a Abril, con la esperanza de que algún lobo no se le adelantara y le robara la comida en su ausencia. Empezó a marchar y regresó a la pila de árboles, adentrándose de nuevo en el frío y blanco bosque.

Mientras caminaba atento a todo, pensó en que sería mejor no volver a gritar y buscar a Abril de forma silenciosa para que ella no intentara huir, si es lo que intentaba. Caminó con cautela, siempre atento a todo y

contando sus respiraciones evitando hacer ruido. Luchó por no ser dominado por el miedo a que le sucediese algo a su hija, debía evitar aquella sensación de preocupación y lástima de no estar cerca de ella y no saber donde estaba, o que hacía... O si se ponía a caminar en hielo y caía al agua helada, o si era atacada por un animal, como los lobos, o un oso; o incluso, que aquellas historias que le contaba su propio padre de niño fueran ciertas, y que Abril fuese asechada por algún peligro desconocido. Rayos, Ahora no podía dejar de pensar en las historias. Cosas que su padre se pasaba contando llenándolo de temor, cosas como que había fantasmas en el bosque, monstruos, árboles mutantes, demonios, entre otras muchas cosas que a veces parecían rodear la cabaña mientras Pierce intentaba dormir y terminaba por orinarse en los pantalones. Aunque tal vez al final de cuentas esas historias solo eran para inculcarle temor y precaución, para que no se atreviera a adentrarse en el bosque. ¡Ahora se lamentaba! Eso pudo haberlo hecho con Abril, darle temor hacia el bosque, lo suficiente para que no se separara de él, pero jamás pensó en esa idea; no le daban ganas de recordar lo mal que se lo pasó en las noches de su infancia después de las espeluznantes historias de su padre. Ultimadamente, Abril ya sabía un poco de cómo cuidarse, sabía cómo aprovechar los suministros que llevaba en su mochila, así que debía confiar en que la niña aguantaría lo suficiente hasta que la encontrara.

Pero pasaron horas, ya estaba anocheciendo, el Sol ya no daba ningún rayo, la temperatura bajaba rápidamente y varios golpes de aire ya sacudían los árboles. Pierce no se rendía, seguía caminando con esfuerzo, cubierto de nieve, empezando a tomar un color morado en su piel y forzando sus ojos para ver por donde pisaba con la poca iluminación que le quedaba y un rayo de luz que apuntaba con su linterna mientras avanzaba. Los pies y el hambre resistían, ya estaba acostumbrado a cosas así, pero el sentimiento de perder a su hija era lo que lo debilitaba cada vez más. No había ni un solo rastro de ella, ni huellas, ni cabello, ni vegetación dañada... La última opción que se le ocurría era que Abril ya estuviera en casa esperándolo, segura, y tranquila.

Pensando en ello, caminó de regreso a casa, temiendo equivocarse, pero dispuesto a intentar. Mientras volvía a la cabaña, su mente daba vueltas en la idea de que algún ente sobrenatural estuviese en el bosque. La situación solo ayudaba a incrementar sus temores. Las ramas de los árboles se movían de repente, pero solo era falsa alarma. A veces, incluso Pierce pensaba haber escuchado pasos y ver sombras, pero ya estaba sugestionado, todo aquello ya lo estaba creando su mente, así que no había nada desconocido a que temer, ¿O sí?

La noche cayó por completo, y afortunadamente, Pierce ya visualizaba las luces cálidas de la cabaña. Se sintió seguro en cuanto entró en cercanía con su hogar. Llegó hasta la puerta, abrió con un empujón y cayó rendido al suelo de madera, dejando caer la mochila, el rifle, y la linterna encendida a un lado. Cerró la puerta de una patada y observó a su

alrededor, buscando alguna figura infantil mientras se recuperaba del frío respirando con dificultad.

En la sala y el comedor no había nadie. Todas las luces estaban encendidas, incluso el fuego de la chimenea en la sala. Él había dejado todo apagado, así que su hija debía estar allí en definitiva. Se puso de pie, con una expresión pálida y esperanzada, limpiándose la nieve y el sudor de encima. Corrió por el pasillo, abrió la puerta a su derecha, la de la recámara de Abril, pero no estaba—. ¡Abril! —sin obtener respuesta, abrió la puerta de la izquierda que daba a su propia habitación, pero tampoco se encontraba allí. Ya al último, caminó hasta la puerta del fondo, la del baño. Supo que Abril debía estar dentro, era el único lugar que quedaba por revisar. Tomó el pomo viejo, giró, y entró de golpe, y tras una rápida revisión supo que tampoco estaba en el pequeño baño.

— ¡Abril! —gritó con desesperación. Su cuerpo se enfrió tras sus ideas negativas sobre que estaría pasándole a su hija, lograron dominarlo. No estaba en el bosque, no estaba en la casa... Se quedó paralizado, viendo al fondo de la cabaña, impactado, mareado, intentando creer que era real, que su hija en verdad estaba desaparecida. Y ahora era peor, era de noche, Abril no podría sobrevivir ni usando los recursos que llevaba en la mochila.

Entonces se dio cuenta de algo más mientras su mirada se perdía en la sala, al fondo. Había algo más de que preocuparse. Si Abril no estaba en casa, ¿Quién había prendido todas las luces? Su terror aumentó. Era imposible que hubiese alguien más en el bosque a parte de ellos dos, aunque las evidencias ya demostraban lo contrario. Logró reaccionar, intimidado por que hubiese un desconocido cerca, un desconocido que podía ser peligroso, o un simple ladrón. Corrió hacia la cocina, dio vueltas por todas partes revisando cada mueble, cada utensilio. Y como era de esperarse, había varios cajones abiertos al azar, comida faltante, trastes regados por doquier, y algunos otros objetos fuera de lugar.

Alguien había entrado a robar. Cada vez era peor. Ya sin preocuparse por revisar el resto de pertenencias, Pierce se dejó caer al suelo, rendido. Se recargó en la hilera de cubiertas de la cocina, abrazó sus rodillas, y comenzó a llorar. Las lágrimas resbalaron mezclándose con su suciedad. Gritó sin consuelo, desesperado por lo que estaba pasando. Hace unas horas, él estaba disfrutando de un día de caza junto a su hija, divirtiéndose y relajándose. Ahora, Abril estaba desaparecida en medio de la noche, y además un desconocido había entrado a robar su casa.

Finalmente, después de tanto pensar, ya no quiso tener más ideas paranoicas ni darle vueltas a la situación. Se concentró en llorar y gritar con desesperación, sintiendo un gran dolor que le invadía el pecho, y un

fuerte mareo que aumentaba al paso del llanto.

Pasó un buen rato así. Todo estaba en silencio, ya solo se escuchaban las llamas de la chimenea bailando y los leves sollozos de Pierce, que ya había parado de llorar, no porque quisiera, si no porque ya no le quedaban fuerzas para seguir haciéndolo. Abatido y confuso, decidió convertir su tristeza en coraje, llenándose de odio, frustrado por lo que le estaba sucediendo, por el fracaso que había tenido al buscar a su hija, y por el descuido al dejar que alguien entrara en casa mientras él se adentraba en el bosque en busca de la pequeña. Se sentía decepcionado, como todo un fracasado con mala suerte, pero más que nada, furioso con la vida, que le había jugado muy mal de un momento a otro. Se puso de pie, motivado por el coraje. Golpeó con fuerza la mesa de madera, haciéndose daño en los dedos. Gritó, más de ira que de dolor. Se maldijo, y ésta vez, sin pensar las cosas, como siendo dominado por un movimiento involuntario, caminó hacia la salida, recogió con dureza la linterna que estaba en el piso, y salió por la puerta sin siquiera cerrarla. Caminó lleno de sentimientos negativos, limpiándose las lágrimas, dispuesto a buscar a su hija y no detenerse hasta encontrarla. No se iba a rendir, no iba a perdonarse nunca perder a la persona que mas amaba en el mundo. Estaba convencido de que la ira le ayudaría a seguir adelante hasta reunirse con Abril y desvanecer todas sus emociones de tristeza y odio.

Era una idea descabellada. Incluso podría sufrir un accidente o perderse también, pero no pensaba en las consecuencias en ese momento. Lo único que le importaba era ponerse a salvo junto a su hija, y que todo volviera a ser como hacía en la tarde, un día feliz de caza.

Capítulo 2

Capítulo 1

Ya había amanecido. La mañana era seca, nublada, con el Sol escondido tras las nubes grises, y un ambiente triste y tranquilo.

Pierce estaba tumbado en su sillón individual a un lado de la chimenea que ya estaba apagada. Estaba agotado, los pies le punzaban de tanto caminar, su piel estaba totalmente eriza por el frío que le provocaba la nieve que lo había cubierto, que en ese momento ya estaba hecha charcos de agua y lodo. Tenía unas ojeras más marcadas, unos ojos rojos e hinchados, pero sobre todo, una mirada perdida, que no apuntaba a un lugar en específico; solo se quedaba quieta, como mirando a un vacío. Se había pasado toda la noche buscando a Abril, sin detenerse ni un segundo. En cierto momento las baterías de la linterna se terminaron, ya no podía ver absolutamente nada, y su cuerpo ya retumbaba en señal de alarma, rogándole que se detuviera. Fue ahí donde decidió rendirse y volver a casa antes de perder el conocimiento. La idea de perder a Abril lo había derrotado por completo. Se sentía débil, solo, rendido, y decepcionado. Ya solo le quedaban algunas pizcas de preocupación, pues el cansancio lo superaba por mucho, y solo luchaba por seguir atacándose con malos pensamientos antes que desmayarse. Incluso se había olvidado de que su casa había sido saqueada, lo material ahora le importaba aun menos.

Su único consuelo eran los recuerdos. Perdido, pasaban por su cabeza variedad de momentos buenos, y también malos, que había pasado con su hija. Como cuando la cargó por primera vez, aquella mini criatura que apenas si tenía fuerzas para verlo a los ojos, creando así su primer encuentro que crearía un gran lazo padre e hija. O como cuando dio sus primeros pasos, motivada por alcanzar un pequeño conejo que ultimadamente salió corriendo, pero ella, sin darse cuenta, ya caminaba torpemente hacia el animal. O como cuando vio nieve por primera vez; aquella vez gritó tan fuerte que parecía que las capas blancas de los árboles se desplomarían; corrió por todas partes y juntos formaron muñecos de nieve, castillos, y como no podía faltar, una que otra guerrita con bolas de nieve. Y como olvidar cuando ella regañó por primera vez, cuando arruinó la comida que tenían para tres días. La regañó con tanta fuerza, que terminaron en una explosión de gritos y quejas, pero, para que al final del día, terminaran todos en el sofá, abrazados frente a la chimenea, arrepentidos por todo el alboroto, pero tranquilos de estar juntos, como familia...

Si continuaba así, inmóvil en su sillón, lleno de recuerdos mortificantes, terminaría perdiendo la cabeza por completo. Parecía que no estaba dispuesto a moverse de su lugar, sin importar nada, como planeando estar sentado hasta morir y volverse puros huesos. Ya le costaba respirar, su cuerpo le exigía algo de agua y alimento, pero a Pierce no le importaba. Seguía allí, triste, acabado, torturándose con un "Abril ya no está". Y de vez en cuando, con un pequeño cosquilleo de esperanza de que su hija apareciera en la puerta, pero esa sensación se iba de inmediato, pues estaba dentro de la realidad, y siendo sincero consigo mismo, Abril no podría volver a casa sola.

De repente, la puerta principal fue golpeada desde el otro lado de una forma ligera, logrando sacar a Pierce de sus malos pensamientos. Volvió su vista a la realidad, centrándose en la puerta. La estudió un momento, esperando escuchar otro golpe. No sucedió nada. Seguramente no era real, tal vez ya se trataban de alucinaciones.

Decepcionado, apartó la vista de la puerta, buscando atormentarse en su mente de nuevo. Y la puerta fue golpeada, ésta vez un poco más fuerte.

Pierce dio un brinco del susto. No, definitivamente debía ser real, o por lo menos, para Pierce esos golpes sonaban bastante reales. Ya no quiso dudar, así que decidió examinar la puerta. Se puso de pie lentamente, con dificultad. Notó que todo su cuerpo estaba entumido, en especial sus piernas.

Caminó hacia la puerta tambaleándose un poco. Sintió que los dos metros de distancia que había entre él y la puerta se convertían en cientos de kilómetros, Comenzó a pensar en la posibilidad de que fuera Abril quien se encontrase al otro lado, intentando tocar débilmente, exhausta, hambrienta, herida...

Llegó a recargarse sobre la puerta y emocionado a la par de preocupado por su hija, tomó la perilla y abrió la puerta de golpe.

— ¡Abril! —recibió a Abril con una gran sonrisa, la cual se desvaneció de inmediato al darse cuenta de que no había ninguna niña tocando la puerta. En su lugar, y más por debajo de la vista de Pierce, se encontraba un lobo gris. Cuando Pierce entendió que había un lobo en su puerta, retrocedió lo más rápido que pudo, desfundó su cuchillo especial de la cintura y se colocó en una fracasada postura de defensa; no se encontraba en condiciones para equilibrarse y controlar sus movimientos fácilmente.

Esperó a recibir el ataque del lobo, con sus ojos demacrados y abiertos de una manera exagerada. Pero el animal no se aventaba en su contra. El lobo solo estaba allí, quieto, mirando a Pierce inocentemente con unos

ojos de un tono morado y llenos de inocencia.

A Pierce le extrañó ese comportamiento. El lobo parecía bastante indefenso, no buscaba combatir. Relajó su postura, acercándose un poco más al lobo con curiosidad mientras éste seguía sentado en la entrada sin ninguna intención.

Pierce lo estudió con detenimiento. Verdaderamente era un lobo bastante extraño. Ni siquiera era un lobo gris, su pelaje era totalmente blanco y resplandeciente; y, a diferencia de los demás lobos, que tienen un pelaje esponjado o revuelto, el de éste era bastante fino y aplanado, dándole al animal una apariencia imponente y elegante.

Pierce podría asegurar que era un lobo especial, bastante único.

El cazador no quiso confiar en la inocente apariencia del lobo por más tiempo. Tomó una actitud furiosa y lo ahuyentó a gritos y manotazos—. ¡Largo! ¡Largo! —hasta que el pobre animal salió corriendo y desapareció entre los árboles.

Cerró la puerta y se recargó de espaldas en ella, aun un poco confundido por el encuentro. Decidió quedarse allí, sobre la puerta, sintiendo sus pocas ganas de moverse. Se quedó viendo al techo mientras luchaba con su costosa respiración y su entumecido cuerpo, dejando pasar los minutos, perdiéndose por completo.

Hasta que al fin, cuando percibió que ya había pasado más de treinta minutos inmóvil, reaccionó. Sintió como si se hubiera quedado dormido a ojos abiertos. Recuperó poco a poco el movimiento mientras se quejaba, harto de sus malestares. Tal vez ya estaría bien recuperarse un poco, quizá comer.... La puerta fue golpeada, otra vez, pero ahora, con muchos golpes incontrolados.

Abrió la puerta ya algo molesto, y para su no sorpresa, era el lobo, otra vez. Seguía con la misma inocencia, como suplicándole algo a Pierce. Maldito lobo necio. Definitivamente, Pierce ya no estaba de buen humor—. ¿Qué no entendiste? Te dije que te largaras —espero algo por parte del lobo, pero entendió lo torpe que era, pues solo se le quedaba viendo con sus tierna mirada—, ¡He dicho que te largues! —le dio una fuerte patada a un costada, con todas las fuerzas que tenía, arrojando al lobo fuera del porche. El pobre animal solo se levantó de entre la nieve, adolorido, viendo con lástima y miedo a Pierce. Después de un largo silencio, el lobo decidió recuperar la postura y salir corriendo con pequeños chillidos.

Pierce cerró la puerta y dejó caer se cara sobre ella. Maldición. Dos lágrimas resbalaron por sus mejillas de un momento a otro. Pierce había esperado encontrarse con su hija al abrir la puerta, no con un lobo

extraño e insistente.

Comenzó a llorar con fuerza, deslizándose poco a poco hacia el suelo como si de una derrota se tratase, hasta que quedó sentado bajo la puerta. Se llevó las manos al rostro y continuó llorando, cada vez con más intensidad, presionándose demasiado.

Tras muchas lágrimas, Pierce comenzó a marearse. Todo se convirtió en un borrón para sus ojos, enseguida ya no podía respirar. Estaba a punto de desmayarse, pero a pesar de eso, no podía parar el llanto.

Tras una fuerte presión en su cabeza, y un contorno negro cubriendo toda su vista, Pierce cayó por completo al suelo, inconsciente.